

EL PROGRESO

P o r J O S E V A S C O N C E L O S

HAY en la intuición del progreso un profundo instinto vital anterior a la zoología y que se manifiesta en el grano, cuyo desarrollo hacia adelante no sabe lo que serán las hojas y el fruto. En esencia, progreso es consumación de proceso y en ello reside su fuerza y su certidumbre. Pero se cae en el error o por lo menos en la duda, en el instante en que se generaliza la idea del progreso y se le supone indefinido y continuo. Pues la naturaleza, lejos de revelarnos la continuidad de sus procesos, nos los muestra alternados, combinados en ciclos cerrados, repartidos en especies y etapas.

En la teoría providencialista de la historia—Bossuet y Daniel—se revela el elemento de indeterminación que la ciencia moderna vuelve a reconocer en la naturaleza. La idea del progreso continuo, aplicado al desarrollo social, es una consecuencia de los falsos conceptos científicos del Renacimiento y el materialismo posterior. Vico supone el progreso indefinido cuando afirma su tesis de los tres períodos de la civilización: el salvajismo dominado por la sensibilidad sin inteligencia; la barbarie en que predomina la imaginación y produce genios como Homero y el Dante, y por último, la civilización que produce, con el concepto de la ciencia, la idea de que el Estado ha de gobernarse por leyes. Lo que condujo a Vico a declarar que el Imperio Romano era el modelo de la civilización. En la decadencia de éste la barbarie reemplazó a la civilización, y del caos volvieron a nacer, la poesía y el pensamiento. Y cosa análoga ocurriría en política; la barbarie engendra jefes que se convierten en aristocracia; la tiranía y el exclusivismo provocan la revolución, de la cual nace la democracia. Se ve destruída ésta cuando baja el nivel de los jefes y sobreviene el desorden, con lo que se retorna a la barbarie. En cierto modo, cae Vico en la doctrina de los ciclos más bien que en la idea del progreso indefinido. Por su parte Voltaire, que no tenía otra ocupación que el anticlericalismo y era inca-

paz de pensamiento filosófico universal y coordinado, imaginaba que en vez de la Providencia era el Azar el dueño de los acontecimientos. Y fue Condorcet, el enciclopedista y precursor del materialismo de pretensiones científicas, quien generalizó y volvió abstracto, creó el mito del progreso indefinido, nada más por que sí, y por el simple transcurso del acontecer en el tiempo.

A partir de Condorcet y coincidiendo con la boga de la filosofía materialista científica, la idea del progreso toma formas diversas. Montesquieu atiende a las causas secundarias de la historia, como las costumbres, el clima, la raza, la geografía; Carlyle atribuye el progreso a la acción de los grandes hombres, los héroes, y Buckle fija la atención en los efectos del saber humano acumulado; Ratzel insiste en la influencia predominante del medio geográfico; Ostwald identifica la civilización con el desarrollo de la técnica y Gobineau adopta la tesis de la raza como factor decisivo del éxito de las naciones. El tema de Comte: "era religiosa, era metafísica y era materialista" lo invierto yo poniendo al principio en la zona salvaje, el sensualismo ilimitado que halla aún a Dios, en la piedra y el Totem; la era racional que es la de los Estados organizados conforme a las leyes, y en general la civilización y la era estética que crea la cultura y ve nacer los grandes artistas, los filósofos, los grandes visionarios y creadores, definidores de la religión.

¿Quién tiene razón? Todos y ninguno. Cada pensador mira un aspecto de la verdad, y cada uno encuentra hechos en qué fundar su hallazgo. No hay nada más plegadizo y abundante que los hechos. Por eso lo más importante y lo decisivo en cada ciencia es el criterio. Y la verdad total sólo se daría a un criterio, no sólo amplio y vastísimo, sino también organizado, no según los cuadros de la inteligencia, sino conforme a los ritmos de la vida. En definitiva, el criterio que llamamos hoy estético y no es otro que el viejo criterio que ha creado los mitos, la filosofía y las religiones.

El filósofo francés Tarde, habló de tres factores: genio, momento, medio. Siendo éstos rara vez coincidentes, no puede el progreso ser continuo. La aparición del genio es casual y cada vez, la multitud de los mediocres, se interpone entre el genio y los humildes, y lo que debía ser progreso se queda en categoría de sueño. Una de las más peligrosas seducciones del materialismo pseudocientífico es la que hizo creer a las masas en la posibilidad de su mejoramiento por simple acción colectiva, dirigida por uno cualquiera de ellos, con exclusión de los mejores. Privada de cabezas, la multitud ha caído en la servidumbre y la desilusión, después de los ensayos y las hecatombes, y hoy, el pensa-

dor se pregunta, si tiene razón, por encima de los soñadores del progreso indefinido, la autoridad de Aristóteles, que junto con la mayoría de los griegos, sostuvo que: "las artes y las ciencias se han inventado y perdido un sin número de veces". El libro de Spengler, que comprueba esto mismo, en más de un millar de páginas brillantes, pesa hoy como un anatema sobre la conciencia de las naciones. Toda cultura, afirma Spengler, pasa por los tres períodos inevitables de infancia, madurez y decadencia. La tesis indicada hace extensiva a la sociedad, las fatalidades del individuo biológico y las especies. Considerando que hoy, todos los procesos se ven acelerados, el ciclo triple de cada pueblo debería cerrarse, rápidamente, de ser exacta la hipótesis. En el caso de los Estados Unidos, vemos cumplirse los tres períodos con rapidez singular. Pero todavía está por ver si de la actual crisis moral y económica, esta nación, que conserva latentes todos sus gérmenes cristianos, sale renovada o se condena. Lo más probable es que le ocurra lo que a Francia y a Inglaterra, a España y Alemania, y a la misma Italia, lo que ocurre a todas las naciones cristianas desde que se formaron, o sea que periódicamente la fuerza moral que en ellas guarda el espíritu, permite avatares y saltos, que no son el efecto de una acumulación de saber, como suponía Buckle, sino de la semilla eterna que reside en la observancia del Evangelio. La ley del progreso es, ya lo apunté en mi *Ética*, que las naciones suben o bajan en su trayectoria histórica, según que se apegan o se alejan de la moral revelada. Se disolvieron las naciones de la antigüedad, sin dejar sucesión, porque les hizo falta el agua de vida del espíritu; sus civilizaciones estaban subordinadas al factor material, y éste no resucita, se precipita en descenso hacia el caos originario y nada más. Así se producen las ruinas que no se levantan, como las del Imperio Romano o las de la China de los Tang. La sociedad cristiana, en cambio, es una sucesión de primaveras; la Italia del Cuatrocento, la Italia del Renacimiento; la Italia del Risorgimento; la Italia contemporánea, y desde hace casi dos mil años eso mismo pueden decir Francia e Inglaterra y España.

En los Estados Unidos ya se hace sentir la reacción hacia los viejos valores de familia, propiedad individual y libertad política. Lo que por supuesto no significa que van a volver a dominar los trusts o a mandar los banqueros. Al contrario, una sociedad sin banqueros, porque el crédito será función del Estado, llegará más pronto a la pureza de costumbres y a libertar. Veremos la caída del capitalismo, pero no la caída de la vieja moral. En todo caso, el capitalismo corrompió el hogar, no lo fundó, y no tiene derecho ahora de gritar al lobo, si el lobo de las reivindicaciones sabe tener cabeza y no se lanza como en Rusia contra las conquistas esenciales de la cultura. La verdadera revolución contemporánea será la que reforme la economía, la adapte a las ne-

cesidades nuevas, a la vez que ponga camisa de fuerza a los agitadores profesionales.

No existe el progreso ciego, la acumulación de cantidades que imaginaba el autor del "Esquisse d'un Tableau des Progres de L'Esprit".

El futuro llegará vacío a manos de las generaciones venideras, si no sabemos colmar el presente de gérmenes. Abandonados a sí mismos los sucesos, no saben sino desmerecer. La perduración es obra de un afán constante, y la superación requiere el esfuerzo extraordinario, periódico. Y esto es el genio, encarnación del milagro de las súbitas, poderosas y apasionadas exaltaciones de uno cualquiera de los aspectos de la tarea de la humanidad.

Y cada era contribuye al progreso, o más bien dicho, a la realización irregular de la historia, consumando aquellas tareas que son la posibilidad del momento. Así la técnica se desarrolla victoriosa en el siglo diecinueve, gracias a la máquina de vapor, y los motores de hélice. La nueva técnica creó una situación desconocida por la antigüedad, pero que era exigencia derivada del descubrimiento del Nuevo Mundo. Al descubrirse la totalidad de la tierra, surgió el problema de establecer comunicaciones eficaces entre los diversos y distantes territorios. Al mundo antiguo le bastaron el caballo y el carro; la era moderna habría sido imposible sin el motor y la electricidad. A la vez ha disminuído el peligro de una desaparición total de la cultura por lo mismo que hoy se halla repartida entre naciones diversas y zonas lejanas. Los secretos de la ciencia y los archivos de la sabiduría ya no están a merced de un Omar. Tendría que ser quemado todo el mundo civilizado para que desapareciese la letra del Evangelio o los cálculos que sirven para construir el navío más pesado que el aire. Catástrofe universal semejante no es imposible, pero si es más remota, que el caso parcial de la disolución de la cultura en un pueblo que no deja herederos, tal como ocurría en la antigüedad.

Y si como dijimos al principio, la idea de progreso supone un fin y un término; el grano que evoluciona hacia el fruto, que a su vez derramará granos, resulta evidente que la idea de un progreso indefinido y simplemente cuantitativo es absurda. Los brotes del grano son contingentes. Y todo proceso lleva en potencia la imagen del fin que persigue, o no es acción natural, ni humana. Y en definitiva el límite de todo lo que se mueve y aspira es absoluto. El Dios que se está haciendo, de ciertos teóricos superficiales, ebrios de devenir es un disparate; pero el Dios de siempre, el Dios eterno y absoluto, es una necesidad del mundo, de la mente y del corazón.